

# CICERÓN Y EL ESTOICISMO. LA CONSTRUCCIÓN ESTÉTICA DE LA PALABRA EN LA RETÓRICA LATINA<sup>†</sup>

NORA MÚGICA - LILIANA PÉREZ

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

nmugica@arnet.com.ar

lperez@citynet.net.ar

En el presente trabajo se indaga sobre la concepción ciceroniana del lenguaje en la relación gramática-retórica. El abordaje toma como un punto de partida las concepciones estoicas referentes al lenguaje, para marcar el distanciamiento de la retórica latina y la constitución de una estética de la palabra en vistas a la persuasión. Conformada esta perspectiva, se avanza en el estudio de la relación entre dialéctica y retórica y la consiguiente definición de elocuencia, en la concepción de *oratio* como elaboración artística y como artificio que concluye en el oyente.

retórica | gramática | dialéctica | lenguaje | persuasión

In this paper the conception of Cicero's language in its rhetorical grammatical relationship is investigated. It is tackled by talking as starting point the stoical conceptions regarding the language, so as to mark the distancing of the Latin rhetoric and the constitution of an esthetics of the word with persuasion in mind. In keeping with this perspective, we continue in the study of the relationship between dialectic and rhetoric and the consequent definition of eloquence, in the conception of oratory as an artistic production and device which ends up in the hearer.

rhetoric | grammar | dialectic | language | persuasion

**E**l presente trabajo tiene por objetivo plantear cómo lee la retórica latina las concepciones estoicas acerca del lenguaje y define las propias. Desde la perspectiva de la retórica latina, este lugar de abordaje es el punto de partida y de referencia desde donde se mide el distanciamiento que marca la retórica latina de las reflexiones que los estoicos han plasmado acerca del lenguaje y sus fundamentos filosóficos, y da pie a fijar los lineamientos de una estética de la palabra en vistas a la persuasión.

Hablamos de distanciamiento dado que, si tomamos en consideración las líneas o concepciones estéticas de una y otra vertiente, se plantea el hecho de que, partiendo de fenómenos comunes, se escinden aquéllas necesariamente, para responder a fines y objetivos diferentes. El desarrollo que Cicerón va con-

<sup>†</sup> Una primera versión de este trabajo fue presentada en las VIII Jornadas Nacionales de Estudios Clásicos, realizadas el 31 de mayo y 1 de Junio 2002 en la Facultad de Humanidades y Artes, UNR, organizadas por el Centro de Estudios Latinos y la Escuela de Letras.

formando acerca de los principios de la retórica –que incluyen los principios del lenguaje y su concepción estética– retoma a los estoicos como punto de partida para entablar con ellos una discusión y, en la confrontación, generar el sistema que propone.

Nuestra hipótesis es que el planteo de Cicerón<sup>1</sup> acerca del lenguaje se asienta en dos líneas de pensamiento; una, inmanente y otra, trascendente. La trascendente vincula la retórica con la pragmática; la primera, en cambio, responde a una concepción propia acerca del lenguaje que lleva a entrelazar a la gramática con la retórica y a la retórica con el quehacer literario.

El recorrido del artículo aborda las cuestiones que emergen en respuesta a las siguientes preguntas: cómo la retórica latina lee los fundamentos estoicos acerca del lenguaje, qué aspectos básicos toma en consideración, qué diseño delinea, en qué sentido/sentidos se distancia de ellos, para configurar –por oposición– dos concepciones fundadas en principios estéticos diferentes. Las dos líneas de pensamiento responden a (o son consecuencia de) la finalidad respecto de la cual se concibe el lenguaje: llegar al oyente en busca de la persuasión. El centro de la lectura se ubica en la discusión que se ofrece en los trabajos de Cicerón, particularmente en *Orator*, *De Oratore* y *Brutus*.<sup>2</sup>

En la confrontación con los estoicos y la delimitación de la concepción estética del lenguaje, privilegiamos tres aspectos que aparecen reiterados en los textos y que evidentemente conforman las cuestiones centrales respecto de las cuales se arma el cuerpo teórico de la retórica: en primera instancia, la relación entre dialéctica y retórica; luego, la definición del orador en el dominio de la palabra y, finalmente, la constitución de la elocuencia. Estas tres líneas están por naturaleza entrecruzadas, de modo que en el análisis de los textos no cabe la posibilidad de un estudio unitario, sino unificado.

## 1. DOS PARADIGMAS: RES Y VERBA

El análisis de la retórica ciceroniana nos conduce, necesariamente, por dos caminos que forman de por sí dos amplios paradigmas, el del contenido y el de la forma, lo “sustantivo” y lo “formal”. En términos latinos, la oposición entre *res* y *verba*. La postura ciceroniana, que Quintiliano continúa, busca el enlace o la conjunción de los dos paradigmas. Esta búsqueda tiene fundamentos precisos, que son –a la vez– la finalidad misma de la composición. Nuestra atención estará puesta en los aspectos formales, si bien por ello no dejamos de conside-

<sup>1</sup> Nuestra investigación *Las Ideas Lingüísticas en la Antigüedad Latina* toma centralmente la teoría ciceroniana de la retórica.

<sup>2</sup> Ciertamente que no terminan aquí los posibles testimonios y fuentes, las *Cartas a Ático*, o *De Finibus Bonorum et Malorum* y *De Officiis* son otros lugares de discusión.

rar que el orden de lo sustantivo opera como una base indiscutible en la organización discursiva.

Para progresar en este planteo, nos ocuparemos en los próximos párrafos de la concepción estoica de la dialéctica para definir, por oposición, la correspondiente a la retórica.

Si iniciamos el proceso por su génesis, debemos considerar el hecho de que la filosofía estoica se compone de tres partes: lógica, física y ética. La primera comprende el análisis de conjunto del lenguaje, y en tanto *logos*, está conformada a su vez por dos partes: dialéctica y retórica. Es decir, en el cuadro estoico, la dialéctica está integrada a la filosofía, por cuanto ella es "ciencia de lo verdadero, de lo falso y de aquello que no es ni lo uno ni lo otro". La dialéctica se construye, entonces, sobre la relación cognoscitiva que media entre el hombre y los acontecimientos; es decir, sobre *representaciones* puesto que son ellas las que le posibilitan acceder a los acontecimientos. Las dos secciones, retórica y dialéctica, y sus respectivos componentes (*Phoné, Lexis y Logos*) abordan, en la dialéctica estoica, un estudio sobre el significante (*semainon*) y sobre el significado (*semainómenon*). No obstante, bajo el nombre de dialéctica, los estoicos inician la descripción del conjunto de instrumentos y mecanismos que organizan el lenguaje y que registran sus relaciones con el mundo que describe: el conjunto de instrumentos y reglas que permiten hablar con exactitud de la "realidad". La dialéctica, entonces, no es ya –como en Aristóteles– una técnica de la discusión, ni un diálogo contradictorio, ni menos aún el estudio de la argumentación por preguntas y respuestas. Es decir, los elementos que en Aristóteles se encuentran esparcidos y a veces expulsados hacia la *Poética* o la *Retórica* –los dos tratados que Aristóteles destina al arte–, como la descripción de sonidos elementales o de las modalidades enunciativas, se unen en la dialéctica. En este sentido, se puede considerar que la gramática se desenvuelve esencialmente a partir de la descripción del significante, es decir, de los elementos que corresponden a la primera parte de la dialéctica estoica, mientras que la dialéctica propiamente dicha abandona progresivamente la descripción del significante para centrarse en el significado.

Otra es la elaboración de Cicerón. El texto que sigue de *Orator* 32.113 permite analizar con precisión la concepción ciceroniana en cuanto a la relación entre la oratoria y la dialéctica y a la definición de la elocuencia:

Esse igitur perfecte eloquentis puto non eam facultatem habere quae sit eius propria, fuse lateque dicendi, sed etiam vicinam eius ac finitimam dialecticorum scientiam assumere. Quamquam aliud videtur oratio esse aliud disputatio; nec idem loqui esse quod dicere, ac tamen utrumque in disserendo est; disputandi ratio et loquendi dialecticorum sit, oratorum autem dicendi et ornandi. Zeno quidem ille, a quo disciplina Stoicorum est, manu demonstrare solebat quid inter has artes interesset; nam cum compresserat digitos pug-

numque fecerat, dialecticam aiebat eiusmodi esse; cum autem deduxerat et manum dilataverat, palmae illius similem eloquentiam esse dicebat. Atque etiam ante hunc Aristoteles principio Artis rethoricae dicit illam artem quasi ex altera parte responderi dialecticae, ut hoc videlicet differant inter se, quod haec ratio dicendi latior sit, ita loquendi contractior.

*Pienso, pues, que es propio del orador perfecto [del que habla con perfección] no sólo tener esta facultad que le es propia, la de hablar [dicendi] copiosa y extensamente, sino también adquirir la ciencia de los dialécticos, cercana y colindante de esta. Aunque una cosa parece ser el discurso y otra, la disputa; y no es lo mismo hablar que decir, sin embargo, una y otra cosa están en el razonamiento; la función [ratio] de discutir y de hablar es propia de los dialécticos, la de decir y adornar, de los oradores. Aquel Zenón, del que procede la escuela de los estoicos, solía demostrar con la mano qué diferencia había entre estas artes; cuando apretaba los dedos y cerraba el puño, decía que la dialéctica era de ese modo; cuando, por el contrario, los soltaba y abría la mano, decía que la elocuencia era semejante a la palma. Antes de él, Aristóteles, en el comienzo del Arte Retórica dice que aquel arte corresponde a la dialéctica como su contrapartida, de modo que evidentemente difieren entre ellas en que este arte de decir es más amplio, el de hablar, más reducido.*

El análisis del texto seleccionado muestra una divisoria clara entre la *disputatio* y la *oratio*, dos ejes a partir de los cuales define y ubica al orador frente al dialéctico. Lo propio del orador es la facultad *fuse lateque dicendi*, así como lo es la *ratio* (o sea, la función) *dicendi et ornandi*; es decir, *disputatio* y *oratio*, planteadas como una oposición (aun cuando considere que ambas estén o deban estar en el dominio del perfecto orador), se unen a la diferencia precisa que expresa el *loqui* y el *dicere*, en la medida en que no es lo mismo hablar que decir y por el hecho de que esta diferencia establece, además, los límites entre Gramática y Retórica, en tanto ambas se definen como *Ars recte loquendi* y *Ars recte dicendi* respectivamente. Es así que, en el ámbito del orador, permanecen el *dicere* y el *ornare* (y específicamente el *dicere fuse et late*), en el de los dialécticos queda, por el contrario, la *ratio disputandi* (la función de discutir) y *loquendi* (hablar). Amplio, extenso, es el arte de decir; reducido, el de hablar (*haec ratio dicendi latior sit, illa loquendi, contractior*). Para reafirmar la diferencia anotada recurre Cicerón a los estoicos, al representarla a través del gesto de Zenón.

Asimismo, en el ámbito de estas problemáticas, es particularmente significativa la rivalidad que se establece entre la Gramática y Retórica respecto de las cualidades del discurso. Quintiliano<sup>3</sup> menciona tres: corrección, claridad y ornamentación. La primera corresponde a la gramática, puesto que "la regla de

<sup>3</sup> Quint., *Inst. Orat.* 1.5.1.

hablar correctamente es la primera parte de la gramática”, pero las otras dos cualidades merecen mayor consideración, y, aun cuando el *grammaticus* hable de ellas en su explicación de los poetas, conviene reservar su estudio al *ars rethorica*.

Resulta apropiado señalar aquí que para Cicerón la gramática debe estar al servicio del estilo y que este debe unir plenamente las cuatro virtudes fundamentales de la expresión: *claritas*, *latinitas*, *ornatus* y *gratia*. Allí se genera la originalidad del escritor, la riqueza de su método y la amplitud de su incidencia. En él, la influencia filosófica controla y acentúa la cooperación de la gramática y la retórica, en la práctica y el uso.

## 2. CONSTRUCCIÓN ESTÉTICA DE LA PROSA CICERONIANA. EL DISTANCIAMIENTO DE LA CONCEPCIÓN ESTOICA.

Como señalamos al comienzo, la retórica ciceroniana está marcada por índices precisos y definidos en la propia teoría. En el ámbito de la *elocutio*, particularmente, el giro retórico se afianza en la búsqueda del adorno del discurso. Dos perspectivas se abren desde este punto de vista: por un lado, la mirada puesta en el oyente, en la seducción que se puede ejercer sobre el otro; paralelamente, la mirada puesta en el recurso idóneo para obtener este fin. Consciente de la necesidad del cultivo de la palabra, abre el camino hacia la delimitación de cuáles son aquellos aspectos que en el plano de la *elocutio* llevan a la elaboración de una prosa poética y, como consecuencia, a abstraer el código de los principios estéticos que la regulen, y que se desenvuelvan desde la palabra hasta el redondeo del período. Importan, entre otros, el valor de las palabras particulares, su combinación adecuada, la configuración del período y los principios que lo regulan, de modo de lograr el cierre del pensamiento junto con el de las palabras, el diseño de la organización de los inicios y los finales, envueltos o aprehendidos por el ritmo y la estructura rítmica, unida a la definición de las unidades rítmicas<sup>4</sup> más adecuadas junto a la forma métrica de las partes:

In oratione, autem, prima pauci cernunt, postrema plerique; quae quoniam apparent et intelleguntur, varianda sunt ne aut animorum iudiciis repudientur aut aurium satietate. (*De Orat.* 3.192)

*En el discurso, en tanto, pocos perciben las primeras, muchos la última; las cuales, puesto que resaltan y son apreciadas, deben ser variadas, para que no sean repudiadas por los juicios de los espíritus o por la saciedad de los oídos.*

<sup>4</sup> Cic., *De Orat.* 3.186. Entre otras tantas citas, el párrafo 186 acopia una larga reflexión sobre el ritmo y sobre las formas específicas de su obtención.

En síntesis, la forma se obtiene en el encuentro de estos elementos, de cuya combinación y de cuya concepción se generarán los diferentes estilos.

Dixi enim de singulorum laude verborum, dixi de coniunctione eorum, dixi de numero atque forma. (*De Orat.* 3.199)

*Dije acerca del mérito de las palabras aisladas, dije acerca de la combinación de estas, dije acerca del número y la forma.*

Pero el interés manifiesto no es puramente estético ni es, por lo tanto, sólo inmanente; el eje en que se focaliza y hacia donde se dirige el artificio de esta elaboración tan cuidada es el oyente.

Son múltiples los lugares, dentro de la bibliografía señalada, en los que Cicerón vuelve sobre el oyente, sobre el placer del oyente, sobre su sensibilidad auditiva. La retórica ciceroniana constituye una consciente revitalización de la psicagogía, y la conformación cuasi científica promovida por los filósofos para el campo retórico desemboca en Cicerón en una especificación *patético-emotiva*. Si la pura y simple afirmación del *logos* no conseguía, en clave anti-socrática, establecer la discriminación entre Retórica y Dialéctica, la introducción del *ethos* y el *pathos* realiza, en tanto su disolución, la autonomía "epistémica" del espacio retórico. La palabra retórica se realiza en el extremo, definitivamente fuera del espacio disciplinar de la lógica, instaurando una especie de autonomía disciplinar.

Este planteo, este recorrido trazado y fundamentado ampliamente por Cicerón, en el que se conjugan fines prácticos con postulados estéticos, colisiona, naturalmente, con los principios que en materia de discurso y en las reflexiones sobre el lenguaje proceden de los estoicos.

Uno de los puntos de disidencia está justamente en el cultivo de la palabra, en la elocución y aun en la expresión. Al hacer referencia a los aportes de Diógenes, y al distanciamiento de las concepciones del lenguaje y de los efectos del lenguaje, la mejor síntesis que señala Cicerón es la de decir que el problema mayor radica, justamente, en no ocuparse ni preocuparse por cómo decir las cosas:

Hic [Diógenes] nos igitur Stoicus iste nihil aiuvat, quoniam, quem ad modum inveniam quid dicam, non docet. (*De Orat.* 2.159).

*En nada nos ayuda este estoico, ya que no enseña de qué manera hallar qué decir.*

En esta misma cita, Cicerón define la *dictio* de los Estoicos al decir que no solamente no presenta un tipo de discurso *non liquidum, non fusum ac profluens*, sino *exile, aridum, concisum ac minutum*, formas no aptas para el orador:

[...] et *genus sermonis affert non liquidum, non fusum ac profluens, sed exile, aridum, concisum ac minutum, quod si quis probabit, ita probabit, ut oratori tamen aptum non esse fateatur.* (idem)

[...] *y emplea un tipo de lenguaje no limpio, no extendido y fluyente, sino seco, árido, cortado y desmenuzado; si alguien lo aprueba, lo aprobará confesando que no es adecuado para el orador.*

Esta serie de apelativos nos marca la oposición entre dos concepciones del lenguaje; de ella se desprende que para el orador importa el *sermo liquidus, fusus y profluens*. Finalmente, se cierra este párrafo con una precisa definición de la concepción de *oratio*, que retoma lo que habíamos anticipado en cuanto a una *oratio* que incluye al oyente, a quien va dirigida y sobre el cual recae. La definición de *nostra oratio* es la adaptada a los oídos de la multitud, para movilizar y agitar sus mentes a fin de obtener la aprobación de lo que el orador pretende:

*Haec enim nostra oratio multitudinis esset auribus accommodanda, ad oblectando animos, ad impellendos, ad ea probanda quae non aurificis statera, sed populari quadam trutina examinantur.* (idem)

*Nuestro discurso debe ser adecuado a los oídos de la multitud, para deleitar los espíritus, para conmoverlos, para aprobar lo que no es pesado en la balanza de oro, sino en el juicio del pueblo.*

Para Cicerón, entonces, una retórica separada de la poesía es como una palabra sin alma, un *logos* completamente exteriorizado. Sin poesía, la retórica conserva e incluso consolida las estructuras de la comunicación. La retórica sin poesía se ha separado de la persuasión, objetivándola como un fin extrínseco al hecho lingüístico. Si se rompe la unidad original entre poesía y persuasión, se llega a una visión absolutamente instrumental del espacio retórico –la que promueven los estoicos– cercana, en ciertos sentidos, a la aristotélica. En oposición a estas consideraciones, para Cicerón la lengua está dirigida a persuadir emotivamente. La persuasión no es una violencia sino una fuerza, la fuerza de una palabra que vence sin constreñir, que obliga sin necesitar, que es compañera de Afrodita. La palabra persuasiva encarna, en este sentido, esa fuerza primordial que actúa sin esfuerzo y sin esforzarse, que es irresistible porque vence cediendo, abandonándose a la emoción, al amor. En la persuasión existe ese vínculo entre *eros* y *logos* que está ausente en la retórica “logicizada”, en la que incluso la persuasión se convierte en instrumento de la violencia del *logos* –obligada a la necesidad de la evidencia racional– y no es ya encanto espontáneo de la palabra, no es ya poesía, sino más bien encanto mágico conscientemente activado por la *ratio*. En el pensamiento ciceroniano, la persuasión es

una dulzura que pacifica y redime. En consecuencia, para la retórica latina el ensanchamiento del *logos* por sí mismo, la exteriorización instrumental de la palabra, la expulsión de la poesía del discurso racionalizado marcarían el declive de la persuasión y la llegada de una retórica protorracional, de un repertorio de palabras muertas. En el mismo sentido Cicerón diseña en diferentes pasajes su concepción acerca del estilo, con la precisión propia de una adjetivación clara e inambigua, en la que marca la oposición a la concepción estética sostenida por los estoicos, que caracteriza como un estilo *exile, inusitatum, abhorrens ab auribus vulgi, obscurum, inane, ieiunum*, y en oposición a las cualidades que, destaca, deben cultivarse con miras a la prosa oratoria:

Accedit quod orationis etiam genus habent fortasse subtile et certe acutum, sed, ut in oratore, exile, inusitatum, abhorrens ab auribus vulgi, obscurum, inane, ieiunum, attamen eius modi quo uti ad vulgus nullo modo possit. (*De Orat.* 3.66)

*Se añade el hecho de que tienen además un género de discurso quizá sutil y ciertamente agudo, pero para el orador, seco, inusitado, distante de los oídos del pueblo, oscuro, inerte, árido y de tal modo que de ninguna manera puede usarse para el vulgo.*

A la par de esta caracterización precisa y puntual del estilo, tanto del que propone como del que rechaza, y en consonancia con el fin que persigue (recordemos que se trata del impacto sobre el oyente), introduce el ritmo o *numerus*. Diseminado a lo largo de los trabajos de retórica, Cicerón construye un verdadero “tratado” acerca del ritmo. Más allá de los múltiples detalles con los que perfila su concepción del ritmo, une *numeri* con *voces* (ritmo y palabras), y de esta forma magnifica su poder al punto de considerar que son capaces, conjuntamente, de producir todos los efectos esperados por el orador:

Nihil est autem tam cognatum mentibus nostris quam numeri atque voces; quibus et excitamur et incendimur et lenimur et languescimus et ad hilaritatem et ad tristitiam saepe deducimus. (*De Orat.* 3.197)

*Nada hay tan afín a nuestras mentes como los números y las voces; por ellos somos excitados e inflamados y apaciguados, y nos ablandamos y con frecuencia somos conducidos a la hilaridad y a la tristeza.*

La idea de una comunión extática de las almas, promovida por la acción de la palabra –el antiguo ideal pitagórico de la mimesis inmaterial gracias a la cual la música, los sonidos, pueden redimir a las almas enfermas y darles el impulso del amor–, son las fuentes de las que se alimenta “lo sublime” (*hypsos*) en la configuración múltiple de los elementos que lo componen, desde la *megalophrosyne* al *pathos*, desde el *ekstaxis* a la *phantasia* y a la *synkenesis*.

Este impulso hacia lo alto, inmanente al programa de Cicerón, resume el intento de encontrar en lo sublime el auténtico y genuino perfil de la propia retórica.

En esta dirección, existirían, como consecuencia de la oposición entre *Physis (ingenium)* y *techne (ars)* que rige toda obra, dos tipos de "sublime": uno debería su valor a la plenitud de la forma, a la rigurosa aplicación de normas técnicas determinadas; el otro, por el contrario, a la fuerza penetrante de su pasionalidad, a la gran naturaleza que en él se expresa y comunica. De este modo, una misma forma se dejaría clasificar como *sublime* o como *baja* según se le atribuya mayor significado a su perfección estilística o bien a la fuerza persuasiva del contenido afectivo. Lo *sublime* que no se reduce a un hecho de estilo es una remisión a las mismas condiciones de posibilidad de la palabra retórica. Es, en cierto modo, la rememoración del mismo espacio originario de la poesía: idea de un impulso en dirección a la raíz ultramundana y ultrarracional de la palabra. Finalmente, la tensión entre lo sublime como *genus dicendi* y lo sublime como condición en cierto modo trascendental del propio logro artístico corresponde a la medida de objetivación más o menos mayor a la que es sometido el concepto mismo, según prevalezca la influencia del estoicismo, que asigna un objeto determinado a este impulso hacia lo alto, o bien la influencia de Platón que ve en lo sublime la raíz divina de la poesía.

El recorrido realizado puede sintetizarse en la definición de *ars* como *naturalis*. Esta definición resume, a nuestro entender, la concepción ciceroniana en cuanto a que considerar al arte como nacido de la naturaleza o asemejándose a ella significa medirlo en el orden y en el equilibrio propio de lo natural. Este orden está dado en el juego equilibrado de sonidos y estructuras que desembocan en la dimensión sensible del deleite y del movimiento del alma, ya que, como venimos señalando, no sería arte si no supiese deleitar y conmover:

Ars enim, cum a natura profecta sit, nisi natura moveat ac delectet, nihil sane egisse videatur. (*De Orat.* 3.197)

*En efecto, el arte, dado que ha salido de la naturaleza, si no conmueve y deleite de manera natural, no parecería haber logrado nada en absoluto.*

De este modo, las dos líneas que hemos trazado, orientadas en definitiva al oyente, se articulan en la búsqueda de una estética de la expresión. Ha quedado lejos la concepción estoica de la palabra. La retórica latina logra, finalmente, dar forma a un espacio propio al diseñar sus propias concepciones y fines. La estrategia ciceroniana para fijar sus lineamientos sobre la estética de la palabra recurre a diseñar como contrapartida la concepción estoica, para separarse de ella por su incompetencia y generar una nueva estética que toma como eje la percepción sensible de la palabra que deleita y que conmueve, la percepción sensible de la palabra elocuente.

